

# Juan Fernando Ortega Muñoz

Catedrático Emérito de la Universidad de Málaga

---

## Ortega hoy

Para comprender la importancia de Ortega y Gasset en la historia de nuestra cultura, debemos comenzar ateniéndonos a aquella máxima del filósofo madrileño que constituye una de sus afirmaciones fundamentales: "yo soy yo y mis circunstancias". Son justamente esas circunstancias las que nos dan la medida de su grandeza. Pero unas circunstancias no serían fundamentales de no existir una simbiosis con el "yo" que las integra en la propia sustancia. Si pasamos por las circunstancias de una forma tangente tan sólo, como algo externo que limita o posibilita mi realidad personal, pero sin integrarme en ellas, ciertamente nos afectan, porque en ellas somos y existimos, pero las vemos como algo ajeno, las objetuamos, pero no nos vemos en ellas. Mas cuando, por el contrario, como ocurre en Ortega, las sentimos como parte de nuestro propio yo, nos vemos precisados a afirmar como él que "si no las salvo a ellas no me salvo yo tampoco". Esa conciencia de integración decide una conducta ética y política. La grandeza de una persona se mide en primer lugar por la generosidad de la respuesta, que a veces puede ser heroica, y por la oportunidad de la misma, que en los genios se adelanta a su tiempo, y sólo con el tiempo advertimos la genialidad de la respuesta.

Estas observaciones evitarían esas afirmaciones encontradas entre los orteguianos y los antiorteguianos. Ortega ha sido admirado y elogiado hasta la hipérbole por unos y denostado y criticado por otros. No es un pensador actual, aunque en gran parte su filosofía sigue siendo nuestra filosofía, pero es un hito fundamental en la historia de la filosofía española, sin el que no sería inteligible la filosofía que va a seguirle. Situado en los arrabales del racionalismo, como epígono de una época brillante de la filosofía, supo situarnos a la altura de su tiempo, darse cuenta de la caducidad del racionalismo e intuir el camino que habría de conducir la historia de la filosofía hacia un nuevo paradigma.

Situemos, pues, a Ortega en sus circunstancias. "Hacia el comienzo del siglo - dice Marañón refiriéndose al XX - la península era todavía un inmenso país de mendigos, de nobles fanfarrones y de seudosabios discutidores y dogmáticos". Sin embargo corren aires de renovación. Como escribe José María Jover "entre 1875 y 1936 se extiende una verdadera Edad de Plata de la cultura española, durante la cual la novela, la pintura, el ensayo, la música y la lírica peninsulares van a lograr una fuerza extraordinaria como expresión de nuestra cultura nacional y un prestigio inaudito en los medios europeos" Se trata de un movimiento renovador en el que participa tan sólo una élite o minoría de intelectuales al margen de la gran masa. El mismo Ortega dedicará un sabroso estudio a la función de las minorías. Él mismo era parte de esa minoría de intelectuales inquietos.

Podemos atribuir dos características definitorias de este período con respecto a la reflexión filosófica: 1ª.- La filosofía española se incorpora plenamente al ritmo europeo y a las corrientes de pensamiento que le son contemporáneas, conforme con el afán de europeización preconizado por Joaquín Costa.. 2ª.- Se produce simultáneamente una profundización en una doble corriente de vinculación interna: histórica y social. Decía Unamuno que "el pensamiento es una herencia que sólo se dilapida si no se usa". La filosofía como conciencia de un pueblo, despierta de su letargo e intenta infundir ideales utópicos para dinamizar el impulso vital de la nación.

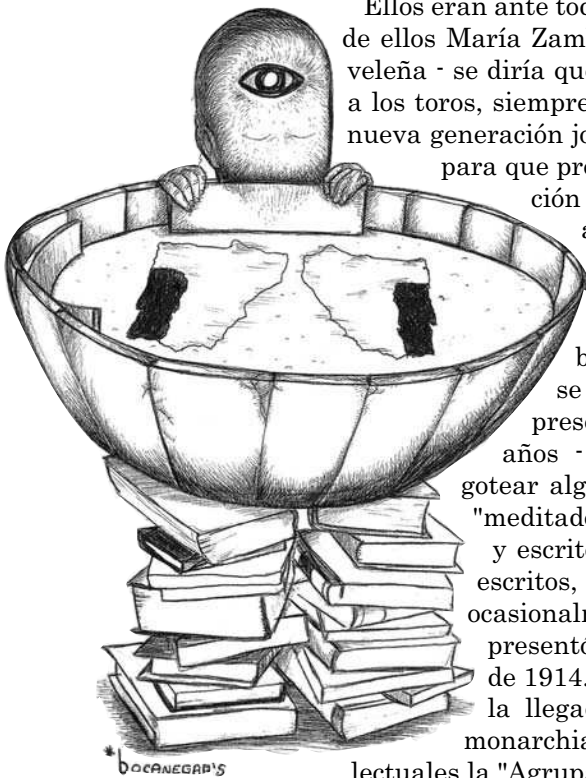
Zambrano distingue al respecto dos generaciones diferentes: la de los maestros y la generación que ella califica "del toro". En la primera la misión de los filósofos es esencialmente magistral y académica con aisladas incursiones a nivel popular. En la segunda los pensadores filósofos pretenden en primer lugar socializar el saber, pero además se deciden a lanzarse al ruedo, a coger el toro de lo social y lo político por los cuernos, siendo en gran medida víctimas de su propia osadía.

Pero podemos hablar de una generación previa de precursores, en donde situamos fundamentalmente a Menéndez y Pelayo y a Francisco Giner de los Rios. El primero nos enraiza en nuestra tradición cultural, poniendo ante nuestros ojos un pasado intelectual y filosófico que teníamos olvidado. El segundo, como un nuevo Sócrates, se dedica a preparar una élite de intelectuales honestos dispuestos a dar la batalla por una restauración pedagógica de la juventud dirigente. El fruto de esta tarea precursora será esa generación de maestros a que alude Zambrano. Recordemos cómo se encontraba la universidad española a mediados del XIX según el testimonio de Menéndez y Pelayo: "En estudiar nadie pensaba... La enseñanza era una pura farsa, un convenio tácito entre maestros y discípulos, fundado en la mutua ignorancia, dejadez y abandono casi criminal. Olvidadas las ciencias experimentales, aprendíase física sin ver una máquina ni un aparato. Si algo quedaba de lo antiguo era la indisciplina, el desorden, los cohechos de las votaciones y de las oposiciones".

El siglo XX comienza con un pensador excepcional, D. Miguel de Unamuno (1864-1937), un pensador de una vigorosa personalidad, que desde su "destierro filosófico-académico" hace filosofía desde su cátedra de griego de la universidad de Salamanca, una filosofía agónica, un pensamiento en efervescencia, aguijoneador de la cultura abúlica y cesante.

Frente a Unamuno, Ortega es el filósofo académico renovador, catedrático de metafísica de la universidad de Madrid desde 1911. Él fue el verdadero renovador de la filosofía académica de nuestro país y "el gran maestro de nuevas generaciones", como le llama Guillermo Fraile, maestro de maestros, él es el alma de la llamada "Escuela de Madrid" de filosofía, de la que forma parte una serie de profesores excepcionales como García Morente, Zaragüeta, Besteiro, Zubiri, Zambrano.

Ellos eran ante todo maestros, profesores de filosofía. Quizá la crítica que hace de ellos María Zambrano sea excesiva. "Para ellos - en palabras de la filósofa veleña - se diría que todo era espectáculo; estaban sentados, aunque no fueran a los toros, siempre en la barrera, a salvo, viendo". Lo cierto es que cuando la nueva generación joven, en la que se encontraba María Zambrano, acuden a él para que promueva y dirija un movimiento de acción política de renovación nacional, Ortega acepta ser mentor y orientador, pero no acepta la implicación directa en política, pese a su doctrina expuesta en el *Espectador*, I, donde escribe: "La vida española nos obliga, queramos o no, a la acción política". Él se sabía y reconocía como profesor, maestro, y le costaba trabajo abandonar su tribuna de docente. Lo cual no implica que se despreocupe del problema de España, que estuvo siempre presente en sus preocupaciones fundamentales. "Veinticinco años - escribe - de meditar sobre España, bien estrujados, pueden gotear algunas observaciones estimables". Se sentía un analista, un "meditador" y un docente. Y la verdad es que Ortega había meditado y escrito, como pocos, sobre España. Ahí está, entre otros muchos escritos, su *España invertebrada*. Lo cual no quita su acción política ocasionalmente. Fundó la "Liga de Educación Política Española", que presentó en su conferencia "Nueva y vieja política", el 23 de marzo de 1914. Se enfrentó con la Dictadura de Primo de Rivera y propició la llegada de la República con su célebre artículo "Delenda est monarchia", incluso durante la República fundó con un grupo de intelectuales la "Agrupación al servicio de la República". Su paso por la acción política directa fue breve.



Él se sentía profesor, maestro, y es aquí donde se encontraba a gusto. Sin embargo su discípula y admiradora María Zambrano le exigía que bajara de la cátedra a la acción política. "De vd - le escribe - me duele en lo más profundo su tangencia en este momento... Puede y debe vd. hacer más, Sr. Ortega y Gasset; su misión con España está más allá... Si hay una conciencia histórica nacional, para vd. puede exigirle mayores cosas..., porque puede entregar más, y, mientras se puede, se debe" Y abiertamente le critica su falta de militancia activa: "No se puede crear historia sintiéndose por encima de ella, desde el mirador de la razón... y en ello creo yo nos diferenciamos los de esta generación de la de vd., si es que vamos a ser algo..., en que nuestra alegría está en sentirnos instrumento y sólo aspiramos a tener una misión dentro de algo que nos envuelve: el momento histórico".

Esta crítica a su maestro, no quita la admiración que siempre sintió por él. Pero es curioso observar, sin embargo, que sus más brillantes discípulos; Zubiri y Zambrano, no forman parte de lo que podríamos llamar su "escuela"; ambos emprendieron derroteros filosóficos muy alejados de las enseñanzas de Ortega. Querer encuadrar la filosofía de Zambrano o de Zubiri dentro del pensamiento de Ortega es una ingenuidad y una falta de conocimiento de los hechos. Hoy Ortega es importante, más que por su filosofía, por el testimonio y ejemplo que nos dejó como "maestro".

Cuando ocurrió su muerte (1955) Zambrano escribe un emotivo artículo en *Insula* que titula "Don José", que era, como ella misma recuerda, como le llamaban sus discípulos. Ella siente la nostalgia de su ausencia: "hace tantos años que no me ha sido dado encontrarme con él ni por un momento". Y habla de él con ternura y a él se refiere como "Don José Ortega y Gasset, mi maestro". A la hora de hacer memoria de él, no recuerda su filosofía - "No me es posible hablar ahora acerca de su filosofía" - Sí recuerda su persona, "su esplendente personalidad". "En el horizonte que descubre la muerte y a su claridad, lo que se empieza a hacer visible es la persona que se ha ido (...) como si la vida se diera cuenta de esa unidad que la muerte rescata; como si solamente desde ella, en ella, la persona "reabsorbe a sus circunstancias", por entero". Destaca de su magisterio sobre todo "la autenticidad": "la coherencia perfecta entre su persona y su obra". Escribe: "Y cuando del pensamiento de un maestro en horas así, se vierte ese precipitado puramente ético, hasta parece sea sustancia, entonces el ser discípulo queda incorporado a la persona, inseparable de ella. Y es un extraño alimento, en forma de implacable exigencia".

Y lo recuerda sobre todo como "maestro" y esto en dos aspectos: como docente y como "escuchante". En cuanto a la docencia escribe: "...veíamos fluir su pensamiento como un manantial inagotable. El tiempo oyéndole transcurría de otra manera, pues era como si se uniesen el pasado más remoto y el futuro más lejano; y nos hacía sentir, mientras andábamos a su lado, que éramos dueños del tiempo, no por poseerle, sino por no espantarnos de él. Siempre tuve terror de la historia, hasta que le oí. Y me parecía oyéndole que al aceptar la historia fuese 'entrar en razón'".

Pero además don José tenía el arte, definitorio del buen maestro, de saber escuchar. Zambrano escribe: "...sabía también escuchar. Como es sabido, las personas pueden caracterizarse según en ellas predomine el ver y mirar o el oír y escuchar. Don José sabía hacer las dos cosas con igual perfección (...) sabía crear el silencio de donde nace la palabra: le veo ahora así, cuando se disponía a escuchar; se retiraba un poco como hacen los que escuchan música de verdad; echaba hacia atrás la cabeza y se replegaba sobre sí, pero lejos de crear con esta retirada un vacío, creaba un medio, un silencio fluido donde la palabra brotaba sin esfuerzo del interlocutor. Ningún balbuceo le parecía deleznable y cuando las palabras no alcanzaban la cumplida expresión, recogía su tono, su ritmo. Se diría que escuchaba la palabra que anhelaba nacer, la que palpita ciega en el silencio".